

cha iglesia, vió que Alfonso la llamaba desde su confesionario, y acercándose recibió de su propia mano la limosna de costumbre: al instante se volvió á reñir al portero y á darle un mentís redondo, por haberle dicho que Alfonso estaba en Nápoles, cuando ella misma acababa de hablarle en la iglesia y habia recibido de él el subsidio ordinario. Atónito aquel con esta relacion, confirmó á la mujer en la verdad de la ausencia de Alfonso y de su permanencia en Nápoles, con lo que ambos conocieron haber querido mostrar el Señor con tan insigne prodigio cuán aceptable le era la caridad de su siervo.

Seria una tarea muy larga enumerar aquí todas las prácticas con que Alfonso procuró siempre conducir á sus compañeros á aquella perfeccion evangelica á que constantemente dirigia sus miras y que creia necesaria para llenar el objeto primario de su misma congregacion, esto es, el de dar toda especie de auxilios espirituales, particularmente á los pobres y abandonados en los campos. Diremos con toda verdad, que durante el tiempo de su gobierno, siempre se vió crecer el espíritu y el fervor en todos los individuos de la congregacion, y ademas una completa observancia de todas las reglas prescritas en ella. Tenia tal arte para unir la autoridad con la dulzura y la prudencia, que todos le prestaban una ciega obedien-

cia, no por alguna especie de temor, sino puramente por amor, considerándolo mas bien como padre que como superior: así es que no solo los de la casa en que residia; sino todos los de las otras lo deseaban y querian tener por rector mayor perpetuo de toda su congregacion, como en efecto sucedió.

CAPITULO X.

Ardor y afañes de San Alfonso para el cumplimiento del objeto primario de su instituto.

Si desde el principio de su estado eclesiástico se habia dedicado Alfonso enteramente á instruir, predicar y convertir almas á Dios como ya se ha dicho, ¿con cuánto mas ardor no lo hizo, y cuánto mas infatigable y solícito no se mostró, cuando se vió escogido por Dios para evangelizar, catequizar y procurar el bien espiritual, particularmente de los pobres y de la gente abandonada por los campos, con la fundacion de un nuevo instituto? No queremos, ni aun cuando lo quisiéramos, podriamos sin quedarnos escesivamente cortos, hacer aquí una relacion minuciosa de los lugares á donde fué, y de todas las circunstancias

particulares que acompañaron su predicacion en el discurso de mas de treinta años. Bastará decir que no solo fué muchas veces á Nápoles, sino que casi no hubo provincia, ciudad ni lugar grande ó pequeño en todo aquel reino, á donde no fuese, predicando por todas partes la palabra divina, y recogiendo siempre frutos copiosísimos de sus incansables é inmensas fatigas apostólicas. Y á decir verdad, casi nunca estaba en reposo, en atencion á las continuas solicitudes de los obispos y de otros muchos personajes ilustres que le rogaban y lo deseaban á su lado para que esparciese en torno suyo la semilla de la divina palabra, que en boca de Alfonso no quedaba ni sofocada por las espinas, ni comida por los pájaros, ni escasa de jugo, sino que caida como en buen terreno, fructificaba y aun producía abundantes y permanentes frutos.

Al emprender Alfonso el camino de cualquier lugar para las misiones, si estaba inmediato, iba á pie: si estaba lejos iba á caballo y regularmente en un vil jumentillo aparejado, porque era de opinion que debía irse pobremente á las misiones y cuando mas á caballo, diciendo: que el que es llamado al apostolado, no debe separarse de la conducta de los apóstoles, y que impresionaba mas aquella muda predicacion, que cien sermones bien estudiados. Por el camino,

ó tenía conversaciones espirituales con sus compañeros, ó iba meditando y cantando canciones devotas. Luego que descubria el lugar á donde se dirigia para la mision, rezaba devotamente la letanía de la Santísima Vírgen y otras preces, á fin de implorar las bendiciones celestiales para aquel pueblo. Luego que llegaba al lugar de su destino, iba directamente á la iglesia principal, donde despues de una breve oracion ante el Santísimo Sacramento, subia él mismo las mas veces al púlpito, y dando principio á la mision invitaba y animaba al pueblo á concurrir á los sermones para no abusar de la divina misericordia que todavía lo esperaba y le daba tiempo para poder hacer penitencia.

En los dias siguientes, para sacar mucho fruto de la mision habia sermón por la mañana y por la noche y se enseñaba el catecismo á los adultos: se rezaba el santo rosario y se enseñaba tambien el catecismo á los niños al tiempo del sermón, pero en otra iglesia para evitar que distrajesen á los otros. En los tres primeros dias al comenzar la noche, salian por las calles algunos padres con el Crucifijo en mano, y en los sitios mas concurridos se ponian á recordar en alta voz los novísimos, invitando al mismo tiempo al pueblo á asistir á los sermones. Alfonso que era el que predicaba el gran sermón de la noche, solia azotarse

con una cuerda gruesa por solo tres veces á lo mas, en el discurso de la mision, para llorar los pecados del pueblo y moverlo á penitencia, esto es, en el sermón del pecado, en el del infierno y en el del escándalo, en los que ademas hacia hacer lo mismo públicamente en la iglesia á todos sus compañeros, encargándoles que se disciplinasen de corazon, y no por mera ceremonia. Despues del gran sermón de la noche, retiradas las mujeres de la iglesia, solo quedaban los hombres, y apagadas las luces uno de los padres reasumia en pocas palabras el sermón que se acababa de oír y llamaba su atencion á los pasajes mas propios para moverlos á compuncion y disponerlos á todos para la disciplina. Concluidos los sermones de terror, habia por tres ó cuatro dias un ejercicio llamado por Alfonso *Vida devota*, que consistía en manifestar al pueblo la necesidad y utilidad de la oracion, y en meditar en la pasion de Jesucristo, á fin de instruirlo y familiarizarlo con este ejercicio. Eran tan afectuosos y tan tiernos los sentimientos de Alfonso en esta meditacion práctica de la pasion del Redentor, que se veian en la iglesia rios de lágrimas, y si otras veces se lloraba por dolor, en esta se lloraba por amor.

Para que las comuniones generales fuesen mas cómodas, mas devotas y mas fructuosas, las dividia

Alfonso en varios dias, segun el estado ó condicion de las personas: en cada uno de ellos, Alfonso ó cualquiera otro de los padres les dictaban sentimientos de compuncion y de amor á Jesus sacramentado. El primer dia era el de los jóvenes de ambos sexos, de cerca de catorce años de edad: despues el de las doncellas y viudas, á las que en los tres dias siguientes se les hacia un discurso sobre el inestimable precio de la castidad: á esta comunión seguia la de las casadas y para éstas tambien habia aparte por tres dias un discurso instructivo sobre las obligaciones de su estado: finalmente, en un dia de fiesta era la última comunión para los hombres, y todas estas comuniones eran el consuelo no solo de las familias, sino aun de las poblaciones enteras: el último dia, despues del sermón de la santa perseverancia, se daba á todos la bendicion; mas antes de partir y justamente el último dia á la *Vida devota*, á fin de que el pueblo tuviese siempre presente la pasion y muerte del Salvador, solia erigir el Calvario (como él decia), que consistia en cinco cruces, á poca distancia de la poblacion. Esta función era bastante tierna, porque saliendo Alfonso de la iglesia con sus compañeros llevando una pesada cruz cada uno, iban á colocarlas al lugar destinado espresando al mismo tiempo sentimientos devotos sobre los diversos misterios. En estas ocasio-

nes Alfonso, que en efecto tenia presente á Jesucristo en el Calvario, se cargaba con la cruz mas pesada; de manera que en el territorio de Caposela se le vió tan oprimido con su peso, que se le hizo una llaga en el hombro izquierdo.

No paraban en esto los desvelos y las artes de Alfonso para que fuesen verdaderamente provechosas sus misiones. Considerando al clero secular y regular como la principal porcion de todo país, le daba en particular los santos ejercicios para verlo reentrar en sus propios deberes. Uno ó dos sacerdotes convertidos ó mas iluminados, bastaban, segun Alfonso, para santificar una poblacion. No era menos solícito con las religiosas claustrales, y dando tambien á éstas los santos ejercicios, les inculcaba, sobre todo, amor al coro y ódio á las rejas, manifestándoles las malas consecuencias que pueden tener y que en efecto tienen los carteos y las relaciones con las personas del siglo: igualmente las animaba á conservar aquella paz de corazon que lleva consigo el desprendimiento de las criaturas, tan necesario á las personas que están enteramente consagradas á Dios. Tambien daba los ejercicios en particular á los hombres distinguidos del país, para volverlos al buen sendero y hacerlos objeto de edificacion respecto de los otros. *Todo el bien de un país, decia él, depende regularmente de*

la morigeracion de los caballeros, porque el pueblo ve é imita. Si los lugares eran populosos, acostumbraba dar tambien los ejercicios á los artesanos y á las personas de baja condicion, instruyéndolos en sus deberes particulares y animándolos á la frecuencia de los santos sacramentos. ¿Pero qué mas? no perdía de vista ni aun á los encarcelados, á los que si eran muchos, les daba tambien los ejercicios espirituales, y si pocos, los hacia instruir por espacio de algunos dias á fin de disponerlos para hacer su confesion. Todos estos diversos ejercicios y obras de piedad las emprendia Alfonso á un mismo tiempo, y por esto decia con razon un caballero: las misiones del padre D. Alfonso no son asedios sino asaltos; y esta era la opinion general.

Decia Alfonso: *el predicador siembra y el confesor recoge;* y fundado en esto, queria que cada uno de sus compañeros estuviese por la mañana en el confesonario siete horas, comprendido el tiempo de la misa, y que no pudiese retirarse sin su licencia ó la del que presidia. Tambien exigia de ellos no solo toda la modestia y compostura posibles, y un cierto recogimiento y retiro para edificacion de los demas, sino un espíritu de mortificacion y de amor á los padecimientos, sobre todo, en la calidad y economía del alimento. Por eso habia establecido que la comida solo

consistiese en una sopa, puchero, y eso de la carne mas ordinaria del país, con queso y fruta: habia prohibido absolutamente el uso de pollos, aves silvestres y demas carnes delicadas, así como todo lo de pastas, bocados esquisitos y toda clase de dulces, aun quando todas estas cosas se las regalasen. Tenia por máxima fundamental no gravar al público con sus misiones, persuadido de que si se gasta un solo peso para los misioneros, al sumar las cuentas, cubriéndose quizá un gasto con otro, resultan centenares; por lo que el pueblo en vez de desear las misiones, las desecha cuando se le ofrecen; por lo que aunque la congregacion se hallase en suma pobreza, nada queria del público, sino que se contentaba con solo la limosna de las misas; y aun quando eso no bastase para su manutencion y la de sus compañeros, recurria únicamente á la caridad del obispo, ó de alguna persona rica y devota. En quanto á las cosas que habia prohibido, no solo que se comprasen, sino aun que se recibiesen de regalo en el tiempo de las misiones, decia: *no hay duda en que los seculares insisten y ruegan, y si se resiste se sienten; pero así como se edifican viendo que se persiste, admiran si se cede y condesciende. Este es un gran sermon en las misiones, porque los seculares ponen mas cuidado en lo que se hace que en lo que se dice, y sobre todo, atienden al trato que se*

dan los misioneros. En esto se mostró siempre tan firme y constante, que nunca dejó de reprender á los superiores si por acaso faltaban á este precepto aun levemente.

En efecto, habiendo sabido que el que presidia la mision del territorio de San Jorge no habia tenido dificultad en repartir entre los misioneros una torta, aunque de comunidad, que le envió una monja parienta suya, lo reprendió severamente y aun lo penitenció. Hasta en las cosas ordinarias y triviales dadas quizá de limosna se mostraba muy circunspecto y retenido. En la mision de Ravello mandó al ecónomo que no distribuyese á cada misionero mas que cinco higos otoñales, aunque se habian dado con mucha abundancia. En la de Amalfi, habiendo recibido por una sola vez del monasterio de religiosas de aquella ciudad, á causa de la pobreza de la congregacion, un plato de tallarines, no lo hizo poner en la mesa, sino hasta el cabo de seis dias que ya estaban acedos, para dar á todos ocasion de mortificarse. Cierta ocasion, el queso que se daba en la mision de Salerno era ceroso y acedo; con esto, uno de los padres, de avanzada edad y de mucho mérito, se tomó la libertad de decir al hermano lego que le asase su porcion; mas despues ya no lo quiso, porque habiéndolo notado Alfonso, lo corrigió al instante y se lo imputó á delito,

no queriendo que hubiese ninguna clase de distinciones.

Si queria que así se portasen los otros, mucho mejor lo practicaba él mismo. Su método de vida en las misiones era: levantándose por la mañana, hacia con sus compañeros la media hora de oracion mental de costumbre, despues, yendo á la iglesia, celebraba el santo sacrificio de la misa con gran fervor de espíritu, y dadas las debidas gracias á su Señor sacramentado, se ponía á confesar y permanecia siete horas continuas, y tal vez ocho ó nueve, segun la necesidad: despues de esto mandaba hacer la seña con la campana para la comida, la que él hacia parcamente, no tomando mas que una poca de sopa de yerbas y una pequeña porcion de carne cocida, ó en lugar de ésta un huevo, ó bien un poco de pescado salado ó carne tambien salada, segun el dia que era, y siempre sazonado todo con las acostumbradas drogas amarguísimas, y con la lectura espiritual que se hacia alternativamente por algun misionero. Concluida la mesa y aun antes de terminarse, promovia conversaciones de casos morales, y despues se volvia á poner á confesar hombres dentro de casa; por último, despues de permanecer mucho tiempo ante el Santísimo Sacramento y la beatísima Virgen, predicaba el gran sermon de la noche: vuelto á casa, proseguia confe-

sando hombres y permanecia en esto hasta la hora de la escasísima cena, si es que cenaba, despues de la cual se hacia en comun el exámen de conciencia y se rezaban algunas oraciones. Sobre todo, dos cosas se admiraban mas en Alfonso: cómo tenia tiempo, despues de tantas ocupaciones, para rezar las horas canónicas y no atrasarse ni aun en alguna de tantas otras prácticas devotas que tenia, y mucho mas aún, cómo podia soportar tantas fatigas con tan corto aliento, tanto mas á los principios, que no teniendo suficientes colaboradores, predicaba dos ó tres sermones cada dia.

Pero el celo de Alfonso no conocia límites, ni hallaba dura ó difícil cosa alguna, con tal que pudiese servir de alguna manera para promover la gloria de Dios y la salvacion de las almas. *Si Jesucristo, decia él, habria muerto en la cruz por una sola alma, tambien nosotros debemos sacrificarnos para ganarle una á Dios: si yo pudiese hacer las misiones por todo el mundo, tambien las haria.* Por lo que, olvidado enteramente de sí mismo, no omitia fatigas, sudores, trabajos, ni cualquiera otra clase de incomodidades, y despreciaba aun su vida misma por el bien espiritual de sus prójimos. El superior de la congregacion de las misiones de propaganda de Nápoles lo invitó como hermano para la mision en la iglesia del Espíritu

Santo, segun la órden del cardenal Spineli, arzobispo entonces de aquella ciudad. Alfonso, aunque gravemente enfermo de catarro, hacia veinte dias en su casa de Ciorani, aceptó inmediatamente la invitacion, y todavía convaleciente fué á Nápoles, donde predicó el sermon grande, y con tanto aplauso y fruto, que decian: *id á la mision á la iglesia del Espíritu Santo*, porque allí predica un santo.

En otra ocasion estaba Alfonso de mision en el territorio de Agerola, y era tal el concurso de la gente que habia acudido de los pueblos inmediatos, que un dia estuvo confesando desde por la mañana hasta muy cerca del sermon de la noche. El dueño de la casa en que vivia, compadecido por una parte de la abstinencia de Alfonso, y viendo por otra la indiscrecion del pueblo, lo regañó, diciendo, que los misioneros estaban todavía en ayunas: al oír esto Alfonso, lleno de celo le dijo: *¡Eh, señor D. Fernando, señor D. Fernando! nosotros no hemos venido aquí para comer, sino para salvar y ganar almas á Jesucristo*. Habiendo ido una vez de mision á Pueblo nuevo, cedió las tres piezas superiores á sus compañeros, y aunque él era el superior, fué á habitar en un cuartito del piso bajo, deshabitado hacia mucho tiempo, cuyas paredes estaban llenas de parietaria y donde entraba el agua por todas partes. Fué á visitarlo el duque de

este lugar y le rogó con instancia que fuese á vivir á su palacio; pero Alfonso no quiso ir absolutamente, diciendo, que allí se hallaba muy cómodo. Se sentia lleno de confianza en Dios cuando pensaba que Dios mismo lo habia sacado de los peligros del siglo y lo habia llamado á la congregacion para cooperar con Jesucristo á la salvacion de las almas por medio de las santas misiones, y asegurar tambien su eterna salud, segun el dicho de San Agustin: si has salvado una alma, has procurado tambien la predestinacion de la tuya. *Animam salvasti, animam tuam prædestinasti*.

Habiendo hablado ya bastante sobre la manera y el estilo de Alfonso para predicar y sobre los dones que poseia para este sacro ministerio, no nos detendremos ahora en repetirlo: solo añadiremos, que todos tenian por cierto que él habia recibido un don particular de Dios para dominar los corazones y una cierta uncion de espíritu con que se insinuaba en ellos, conmoviéndolos y compungiéndolos en tales términos, que muchas veces le costaba trabajo contener los sollozos y las lágrimas de sus auditores para continuar y terminar su sermon: de aquí es que solo al oír que él predicaba en alguna parte, hasta de los pueblos de los alrededores acudian en tropel para escucharlo y aprovecharse de su doctrina; y esto no solo